

La disgregación temporal se hace extremada en *El acoso*: lo que en los relatos anteriores es un poderoso y sutil ejercicio de imaginación se vuelve ahora dramáticamente vivo. La novela está claramente situada en un momento bastante reciente de la historia cubana: la época que siguió a la revolución de 1930-33, que derrocó a la dictadura de Machado. A la corrupción política de aquel período correspondió la degeneración de ciertos grupos revolucionarios en pandillas, desprovistas de todo ideal y dadas al desenfreno gratuito del "gatillo alegre" — como dio en llamarse a tan violenta situación. *El acoso* no es, estrictamente, una novela de la revolución. Es el punto de vista subjetivo de un revolucionario perseguido por su conciencia, por el tiempo y por la desazón y la angustia de una situación cuyos hilos se han escapado hace mucho de sus manos. No vive ya su propia vida, sino el absurdo de una existencia urdida por personas y hechos que le son extraños: hasta la delación, cuyo castigo espera, le parece inevitable y ajena a su voluntad. No es, en verdad, el revolucionario, sino el impaciente, el exasperado, el terrorista. Solo, sin la solidaridad de la lucha, se encuentra dentro de un ámbito que puebla su miedo. (Las descripciones de la ciudad de La Habana son las visiones de una pupila hipertrofiada, que refleja la aguda sensación corporal de la angustia.) El acosado vive fuera de la sociedad y, al mismo tiempo, perseguido por ella. No alcanza a explicarse por qué una sucesión irracional de actos lo ha llevado al encuentro de la muerte — un poco como *El extranjero*, de Camus, aunque con una diferencia esencial: el terrorista de Carpentier se encuentra en el polo opuesto a la insensibilidad vital de Mersault y no cesa de debatirse en busca de una razón, de un motivo, de una verdad que justifique su deseo de seguir viviendo. Tiene un acceso de revelación religiosa: si nada parece tener sentido, debe haber un sentido, último y primario, que justifique la vida. Vive sus últimas horas entre Dios y el miedo, como si esa verdad que ha creído apropiarse no le sirviera para vivir ni, en definitiva, para morir.

Carpentier se ha ido acercando a sus temas en círculos cada vez más cerrados y más estrechos, siempre con mayor seguridad y madurez. *El acoso* es un valioso buceo en los recursos del subjetivismo y del monólogo interior, para el tratamiento de temas que hasta ahora la novela hispanoamericana ha preferido enfocar desde afuera. El camino no está, sin duda, en el subjetivismo extremado; pero ¿no podrán entroncarse una mesurada subjetividad y toda la indispensable autenticidad objetiva para que la novela hispanoamericana gane en conocimiento del hombre, sin perder su intención tradicional de novela social? La experiencia de Carpentier pesa más, hasta ahora, sobre uno de los extremos, pero abre un camino propicio para esa síntesis de madurez técnica, interioridad y realidad social que debe ser la gran novela hispanoamericana. Carpentier es un gran escritor de nuestra época porque ha sabido encontrar al hombre dentro del ámbito de nuestro continente, que ya va dejando de ser esa "novela sin novelistas" de que hablaba hace años Luis Alberto Sánchez.

LOS HUESOS DE SAN FRANCISCO XAVIER

Por Evelyn WAUGH

En la antigua Goa se venera al viajero que más lejos ha llegado...

DIU, DAMAN, Goa, Mahé, Karikal, Pondichéry, Yanam — qué extraños, ensartados a lo largo de la costa hindú, parecían estos lugares en el mapa de la escuela; como si extraños dienteillos hubieran mordiscado las orillas del vasto y encendido territorio de la India británica.

—Maestro ¿podríamos hablar de ellos?

—Naturalmente. Cuando ustedes quieran.

—¿Por qué no ahora mismo, maestro?

Y nos enterábamos de que estas raras reliquias eran parte de la historia, de los lejanos días en que Francia y Portugal nos disputaban el imperio; y de que su inculca naturaleza proporcionaba a cualquier nativo cretino que dudase de la benevolencia del *British Raj*, una magnífica lección.

—¿Y hay nativos así, maestro?

—Algunos babúes de Bengala.

Así era la clase de geografía hace cerca de cuarenta años.

*El tumulto y el clamor se apagan
Reyes y capitanes se separan...*

Hoy, después de toda la pompa de la rendición británica, estos lugares han pasado a ser las únicas avanzadas de la autoridad europea.

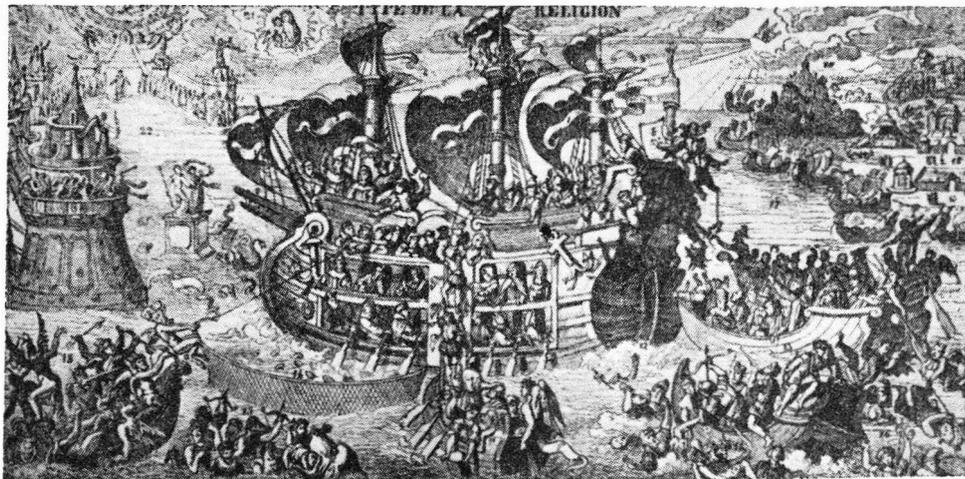
Hacía mucho tiempo que yo quería visitarlos; a Goa, especialmente, pues en muchas partes del mundo había tratado a muchas gentes de ese lugar; había leído narraciones de viajeros que habían visitado la Ciudad de Oro, la que una vez fue la capital y el emporio de todo el vasto imperio portugués en el Oriente, y que ahora se ha quedado abandonada; había visto reproducciones y fotografías de los grandiosos edificios barrocos enclavados en la selva, y recientemente había leído la biografía que el padre James Brodrick escribió sobre San Francisco Xavier, cuyo cuerpo es el má-

ximo tesoro de Goa. Diciembre de 1951 era el mes dedicado al santo, el centésimo cuarto aniversario de su muerte, cuando iban a rendir culto público a sus reliquias por última vez en su extensa y extraña historia. Entonces o nunca era el momento de unirse a la peregrinación.

Puede llegarse a Goa por mar, desde Bombay, o por tierra desde Belgaum, un intrincado campamento colocado en la ruta aérea hacia el sur. El ómnibus de Belgaum estaba repleto de peregrinos. Un atento joven repartía avisos de la brutalidad del régimen "fascista" con que íbamos a encontrarnos. Era uno de los disidentes de Goa, de los cuales hay un grupo organizado en Bombay. Así conocí la amenaza que pende sobre los territorios europeos. Ojos codiciosos caen sobre éstos en Delhi, donde los políticos del Congreso son más ambiciosos que sus predecesores en el poder, los imperialistas británicos. Hasta en la Goa feliz, cuando la retirada inglesa, muchos hindúes y algunos cristianos se alteraban por el júbilo que había más allá de sus fronteras. Deportaron a una docena de agitadores y ahora viven en Portugal, completamente libres, condenados a la execración si regresan al hogar y a sus trabajos. Sólo una pequeña parte de la población se interesa en los asuntos pú-



Evelyn Waugh.— "yo quería visitarlos"



Representación simbólica de las instrucciones de San Ignacio a sus discípulos.

blicos. Entre éstos, los más sabios han comparado tranquilamente a la nueva República de la India con la suya propia, subrayando el orden, la incorruptibilidad de la administración financiera, el bienestar de las clases más pobres, el sistema penal y el respeto que muestran hacia pequeñas comunidades tales como los eurásicos. En ninguno de estos puntos han encontrado motivo de envidia. Hay muy pocos oficiales europeos en el territorio. A los habitantes de Goa les apasiona intensamente su tierra pero son, en realidad, portugueses. No son súbditos, ni miembros de un protectorado. Gozan de tan íntegra e idéntica ciudadanía como los descendientes de los conquistadores, y pueden alcanzar cualquier sitio dentro de la República. No hay ninguna asociación discriminatoria. Sólo una cosa les falta, en comparación con los ciudadanos de la India. La política es la cocaína del pueblo y este dañino estimulante se usa muy poco en Goa. Los estudiantes mendigos acosan al turista occidental por todas partes. Al principio, recordando quizá a Ignacio de Loyola en la Universidad de París, el turista se conmueve con el tradicional espectáculo de la pobreza en aras del saber. Después pregunta: ¿qué es lo que estudian? ¿Qué profesión pretenden ejercer? Y a menudo la respuesta escalofriante es: la política, quieren ser políticos. Las ambiciones de la juventud en la India no se limitan a un empleo y una jubilación. En Delhi y en las embajadas hay premios mayores, muy lejanos pero muy brillantes.

A muy pocos jóvenes de Goa puede parecer triste el crecer sin los pleitos, las manifestaciones, los autobuses volcados, los gases lacrimógenos, y los macanazos que enriquecen la vida miserable del estudiante en la India. Si van a educarse a Bombay, se enlistan en el Partido del Congreso. Los más expertos valorizan su ciudadanía portuguesa por los privilegios que les confiere. La devoción a Lisboa raramente es exagerada. El dominio portugués fue intenso al principio, y descuidado después; sólo en la generación actual ha empezado a redimir su pasado. Los habitantes de Goa con ascendencia brahmanica no dejan nunca de pregonarlo, mientras que los mestizos se lo callan. En casa, y entre los Diaspora —los millares de goanos en África, Bombay y a lo largo de las rutas comerciales británicas— el patriotismo es por Goa. Pero allí paradójicamente, la única garantía de integridad es la nacionalidad portuguesa.

Estas impresiones son la consecuencia de semanas enteras de preguntas y discusiones. En aquella mañana primera, apenas quedaba tiempo para echarle una ojeada a la propaganda del Congreso antes que saliera el ómnibus, y toda la atención la dedicamos a la ardua tarea de viajar. Decían que el vehículo era "de lujo", y al conocer el servicio normal se confirmaba que aquél tenía derecho a correr por rutas mejores. El cupo se limitaba al número de asientos y aquella mañana todos los pasajeros eran gentes de Goa que iban a visitar sus hogares con motivo de la celebración, todos vestidos a la manera occidental, todos muy corteses y del mejor humor, exceptuando a los que estaban enfermos, que eran más bien muchos. Aferrados a los duros y angostos asientos, brincamos y rebotamos

hasta llegar a la frontera, en medio de un tormenta de lodo provocada por nosotros mismos.

En dos horas llegamos al tope de la carretera india.

Dicen que el contrabando está muy bien organizado y que es muy buen negocio. Casi todo es más barato en Goa, pero el artículo prohibido por excelencia es el whisky, pues el Estado de Bombay se ha valido de su reciente independencia para decretar la Ley Seca —inútil, extraña y desorbitada medida, pues ni en la religión hindú ni en la tradición hay nada que combata a los licores fermentados. Los contrabandistas no transitan por la carretera ni utilizan transportes públicos; el tráfico sigue un sentido solamente, pero hasta en nuestro éxodo los oficiales se portaron tediosamente suspicaces. La celebración de San Francisco Xavier no era oficialmente popular en la India. A decir verdad, los indios estaban preparando entonces lo que más bien se antojaba una deliberada competencia: un festival en Ernakulam para conmemorar el centésimoveno aniversario de Santo Tomás Apóstol. Santo Tomás es el patrón de los escépticos. El no reprobará, supongo, que se dude de su llegada a la India; menos aún de que esto haya sucedido en diciembre del año 52 d. C. Pero los indios adoran las celebraciones y en los dos acontecimientos se volcaba la multitud.

Nos pasamos a un transporte más cómodo y media hora después llegábamos a la caseta de la frontera de Goa, donde predominaba la cordialidad. En un mostrador vendían cerveza y vino, y casi todos los pasajeros masculinos celebraron su retorno a las costumbres de la civilización. Después empezamos nuestro prolongado descenso por un paisaje que no se parecía nada al que habíamos visto hasta ahora. Es un distrito rural de fascinante belleza natural; nuestra nube de polvo se convirtió en chocolate pulverizado de la cobriza tierra y de la roca en la que está cortado el camino. Arriba por un lado, abajo por el otro, se alzaban y caían espesos palmares y platanos, y los tiesos y pequeños cajous que los portugueses trajeron del Brasil.

El arroz recién brotado resplandecía en el seno inundado del valle. Todo el paisaje se asomaba frente a nosotros hacia la desembocadura de los dos espléndidos ríos, donde antes de alcanzar el mar irrumpen en un sin fin de islas y corrientes y ensenadas.

Goa, especialmente en las "Antiguas Colonias", tiene más habitantes que lo que parece desde la carretera. Escondidas entre los árboles, hay construcciones por todas partes. Tiene medio millón de habitantes, de los cuales casi todos rehuyen la ciudad. En nuestro descenso, íbamos pasando por las "Colonias Nuevas". La diferencia entre las dos áreas es considerable. Las antiguas eran territorio de Albuquerque. Él se las arrebató a los invasores mahometanos. Para los portugueses de aquella época, todos los mahometanos eran los odiados moros. Albuquerque exterminó a los hombres y entregó las mujeres a su ejército. A los hindúes los trató con mayor clemencia, pero en verdad los obligó a escoger entre el bautismo y la emigración. Antes de una generación, casi todos sus súbditos llevaban nombres portugueses, profesaban la fe cristiana y pasaron a ser los antepasados de las gentes más devotas y ejemplares de la India. Destruyó todos los templos, muchos de los cuales tenían fama de ser maravillosas obras de arte. Para terminar con este ultraje a la estética puede decirse que el arte hindú quizá le haya parecido a él y a sus contemporáneos no sólo representativo de una equivocada teología, sino también espantosamente obsceno. Las "Antiguas Colonias" conservan el antiguo sistema que iguala la propiedad de tierras; cada hombre, por lejos que vaya, está atado a su pueblo natal por la participación que le corresponde en las tierras de la comunidad; cada comité del pueblo conserva la lista de su comunidad y ve por los pobres.

Las "Colonias Nuevas" surgieron en 1795, la época de "iluminación". Hay muchos templos, no muy antiguos pero agradables y espaciosos, que aún son atendidos por bailarinas cuyo desempeño ha sido abolido en casi toda la India. Pasamos por uno de ellos cerca de Ponda, y



"para que no vuelvan a verlos ni a tocarlos hasta el Día del Juicio"



San Francisco Xavier.—“Una exagerada señora le mordió un dedo del pie y se lo llevó a escondidas a Lisboa”

al vislumbrarlo al final de una hermosa avenida, nuestra nube de polvo nos impidió ver lo que queríamos. Frente al templo de Sunda vive un niño rajá sin ostentación alguna, y más hacia el sur, un señor feudal, un carabinero del ejército de la India. Los pueblos y las haciendas de las “Colonias Nuevas” son más sucios que los de las Antiguas, pues los hindúes más ricos se congregan en las ciudades, donde se han adueñado de casi todas las tiendas. Hay muchos hindúes entre los cristianos y algunos cristianos entre los hindúes, que viven independientes unos de otros, pero en amigable compañía. Sin embargo, en general, la frontera antigua sostiene y divide dos culturas diferentes.

La cruzamos por el puente que está sobre el Combarjua y casi enseguida empezamos a recorrer la Antigua Goa: otra vez quisimos mirar a través del polvo — cúpulas blancas, un arco, muros de mampostería, que por la yedra seca se veían tan cubiertos de pelusa como los cocos— después un paso sobre el río Mandovi, una larga corriente cubierta por pequeñas velas, al pie de montañas cubiertas por bosques; y llegamos a la Nueva Goa, o Pangim, la capital moderna.

No hay nada extraordinariamente moderno en Pangim, salvando al hotel, que es tan nuevo que todavía lo estaban construyendo durante el mes de celebraciones (motivo al cual estaba destinado). Basta él para romper el hechizo de la costa, cuyas singulares prominencias son la magnífica y apacible Casa del Gobierno, y una nueva estatua del Abbé Farias esculpida con desenfrenado realismo. (Farias fue un mesmeriano nacido en Goa, contemporáneo de Napoleón, del que hablaba Dumas, y al que en este lugar reprodujeron en bronce ilustrando el momento en que al llegar al clímax de un experimento, está a punto de caer con sus garras sobre una mujer en trance.)

Pangim no hace nada por verse alegre. Los militares portugueses que permanecen allí temporalmente no gastan mucho; los residentes de Goa son hogareños. Los turistas de fin de semana que vienen de Bombay, han seguido aumentando desde la Ley Seca. Esto basta, en épocas de paz, para perturbar la quietud de la ciudad. En honor de la celebración se habían instalado altoparlantes en las calles principales. En una de éstas había una Feria Industrial y un “café” provisional. Había, también, una exposición de arte moderno que merecía más atención que la que consiguió. El resto de las actividades se llevaban a cabo en el muelle y en la estación del ómnibus, pues Pangim, en ese mes, era auténticamente una escala en el camino hacia la Antigua Goa, ocho millas río arriba.

Hay muchos datos interesantes sobre la Antigua Goa, tanto en relación con su esplendor como con su decadencia. Su esplendor duró apenas ciento cincuenta años. Su decadencia fue rápida, provocada por la rivalidad danesa y la simple falta de un ejército portugués suficiente, y fue precipitada por las plagas y la peste. Casi todos los viajeros se detenían en Goa después de un viaje de constante privación y peligro. Quizá se inclinaban a exagerar los lujos que encontraban. Claro que había oro y almacenes repletos de costosas mercancías orientales; pero de lo que podía llamarse “civilización” asiática o europea, había muy poco. Los albañiles hacían construcciones sólidas, aunque copiaban, sin usar la imaginación, un patrón limitado. Casi todos los retratos de virreyes y patriarcas tienen solamente interés histórico. La población de Goa igualaba al Londres isabelino, pero el mayor número de sus habitantes eran serviles, y la vida social, hasta la de los ricos e importantes, carecía de atractivo. Aquellos lánguidos y estirados *fidalgos*, y sus enfermas mujeres con sus palanquines y sus dulces y sus perfumes y su comitiva de sirvientas, no eran damas y caballeros de verdad, sino los desechos de Portugal, exageradamente vestidos para disfrutar de excesivos privilegios. Sólo la Iglesia sostenía lo que de cultura había; y sólo la Iglesia despliega hoy algo de su pasado esplendor.

La ciudad fue abandonada en 1759. Sus palacios y colegios se usaban como canteras. La selva se adentró, incrustando raíces entre los muros de mampostería.

Un siglo después, Richard Burton, entonces un subalterno que venía de Bombay a disfrutar de una licencia por enfermedad, encontró habitado únicamente el inmenso convento de Santa Mónica. No lo sabía pero estaba demasiado ocupado en enterarse de historias escandalosas para preguntar — pero había apenas una docena de monjas que vivían allí cuando la impertinente visita de aquel hombre. La última de ellas murió sola, hacia 1779, cuando la ilustre fundación llegó a su fin. Los amplios y afianzados muros seguían firmes, pero las pinturas de los claustros fueron desapareciendo y el jardín, oloroso y encerrado, se cubrió de hierbas. Conservando su severa y secreta devoción, entre casas bullangueras y burdeles, recibiendo considerables donativos, mandando a la venta dulces y finos artículos tejidos a mano, pasándolos por el pequeño zaguan giratorio que constituía su comunicación con el mundo del comercio, había disfrutado de una historia notable. En alguna ocasión había albergado a una monja alemana es-

tigmatizada y un crucifijo que, según dicen, manifestó su reprobación a una violación al voto, con emanaciones de sangre fresca.

Fue el último convento que sobrevivió a la legislación de la facción anticlerical de Portugal. Cuando Santa Mónica se quedó vacío, pareció que el espíritu de la antigua Goa se había ido para siempre. Lo rondaban recuerdos de la fiebre y de la plaga. Ninguno se quería quedar allí después del crepúsculo. Los canónigos de la Catedral llegaban puntuales a sus sitios y cantaban sus diarios oficios, pero regresaban a Pangim para dormir.

En los dos últimos años, ha habido un cambio en el letargo de la ciudad. Los oficiales han exterminado los moscos. Vegetación y escombros han sido retirados para que las cuatro grandes iglesias que quedan se vean de todas partes. Varias de las capillas que hay alrededor están siendo reparadas. Existe el proyecto de convertir a Santa Mónica en el seminario de la arquidiócesis. Pero durante el mes de celebraciones, el área se transformó en sede de una feria y en un refugio. Los peregrinos, que eran cincuenta mil hombres, mujeres y niños, se apoderaron de él.

La Delegación Papal y los oficiales de elevado rango habían estado allí para las ceremonias de apertura, y se habían ido antes de mi llegada. Día tras día yo observaba con inagotable fascinación, el desfile de la India cristiana. A veces una familia acaudalada o un oficial del gobierno de la India llegaba en coche particular, entraba por una puerta privada, rendía su homenaje y volvía a casa. Un día, la mitad de la población aborigen era conducida por el sacerdote que había logrado convertirla. Nunca habían salido de los bosques en que vivieron sus antepasados y no tenían idea de que en el mundo hubiera tantos cristianos como ellos.

En la procesión iban ciudadanos prominentes, hombres y mujeres por separado, con varas y estandartes, cantando letanías y cargando la insignia de las cofradías piadosas. Un bazar completo había sido construido ex-profeso para ellos, y allí se vendían recuerdos y rosarios y cerveza. Pero los comerciantes no estaban ganando tanto como habían imaginado. Por fin, al cabo de doscientos años, los jesuitas habían vuelto a la carga y todo había sido organizado con más eficacia que en otras ocasiones. Y la aplastante mayoría de los peregrinos estaba constituida por gente muy pobre que se había apurado, y ahorrado, y que había pedido prestado para completar sus pasajes. Llevaban bultos de comida y cuando no rezaban, se ponían a cocinar y a comer. Sus oraciones eran muy

largas y casi siempre estaban impregnadas de profunda devoción. Entusiasmados, visitaban todos los altares y besaban todas las piedras, y comían mucho y muy seguido, reunidos en grupos alrededor de la hoguera y del humo oloroso, mientras hablaban en seis lenguas distintas.

Cuando llegaba un obispo —y en aquellos había allí muchos preladados— se levantaban y se lanzaban a besarle el anillo. Venían de todos los rincones de India y de Ceylán, pero sobre todo de la costa sur que está entre Bombay y Madras, y donde San Francisco Xavier había predicado. Eran los descendientes de los que él había convertido. Siempre, desde el amanecer hasta el anochecer, se formaban poco a poco las colas, que lentamente se iban acercando hacia la puerta lateral de la Catedral. Hasta entonces, las reliquias se habían exhibido en la iglesia jesuita de Bom Jesús. Ahora, por primera y última vez estaban instaladas en el crucero de la Catedral. Eran la meta de la peregrinación. Tres cuartos de millón de indios venían a dar gracias a un español, muerto hacía mucho tiempo, cuatrocientos años nada menos, por donarles la fe.

Francisco Xavier no es un mito. Generaciones de pacientes estudiantes que culminan con el padre George Shurhammer, S. J., no han dejado de reunir las pruebas. En 1952, el fruto de su trabajo fue palpado por los lectores ingleses en el vivo relato del padre James Broderick, S. J. "Vivo" es la palabra precisa, no sólo por el agudo humorismo de su estilo, sino por toda la imagen que ha creado, un estudio "desde la vida", completo, palpable. Francisco Xavier vivió en una época de aventuras grandiosas. En Inglaterra nos inclinamos a considerar a nuestras fieras del mar isabelinas, como héroes nacionales exclusivos. Los portugueses llegaron primero y más lejos, y entre estos fieros e intrépidos hombres, Francisco Xavier fue el más osado y paciente. El entusiasmo renacentista cohabitaba en él con la fe medieval — una fe rígida, compacta, impenetrable, incorruptible. Pero en él había otro factor que pertenece a todas las épocas — un amor insaciable por los hombres. El amor lo llevó al altar, y hoy el amor lo mantiene vivo en el espíritu de sus devotos. Estaba convencido de que los que morían en la ceguera del paganismo estaban expuestos a la maldición eterna. El don más preciado que puede otorgar el Amor es la Verdad Cristiana. Esa fue la fuerza irresistible y única que lo condujo por los mares de la piratería, por fortalezas en las que bullía el pecado y la fiebre, por desiertos sin cobijo, por doquiera que pudiese encontrar un sitio para predicar.

Diez años duró esta admirable misión. Llegó al Oriente por órdenes superiores. Era un jesuita, uno de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola. El rey de Portugal necesitaba a los jesuitas en su imperio oriental. Había pocos, entonces. El mismo San Francisco Xavier fue escogido por necesidad. Si no hubiese enfermado un compañero suyo, quizá hubiese continuado su vida en una universidad europea.

Goa era su cuartel. Allí empezó su trabajo y allí, tres veces, regresó a re-

aprovisionarse para proseguir sus viajes y ocuparse de los problemas eclesiásticos del lugar. Allí donde había almas que salvar, allí estaba su sitio. Los colonos, sus esclavos y sus prisioneros, los nativos recién convertidos, los paganos — todos estaban a su cargo, y sus métodos eran tan diversos como la gente. Caminaba por las calles de Goa con una campana en la mano, llamando a todo el mundo a rezar. Cenaba con los ricos y se reía de sus exageraciones. Velaba a los muertos en los inmensos hospitales apestosos, confesando a los enfermos y susurrándoles palabras de consuelo.

Vivió entre los pescadores y por medio de un intérprete enseñó las oraciones que hoy se escuchan allí. Su idioma nativo era el vasco, al que recurrió nuevamente a la hora de morir. Sus cartas demuestran que no dominaba el portugués. Tenía una vaga noción de las innumerables lenguas asiáticas, pero sólo en Japón tuvo dificultades para darse a entender. Poseía el don del habla que brota del amor y arde en la mente sin mediación de las palabras. La Palabra lo había poseído. En diez años recorrió todo el territorio conocido en Asia, se internó en la Japón desconocido y cayó muerto en China, a los cuarenta y seis años, envejecido pero dispuesto a futuras conquistas.

Mientras vivió, lo consideraron un santo. Cuando llegó a Malaca la noticia de su muerte, mandaron por sus huesos a la isla de Sancian, donde había sido enterrado en cal. Así se descubrió el fenómeno que asombró por igual a Oriente y a Occidente. Después de diez semanas lo encontraron tan fresco, blando y colorado, como el día en que murió. Llevaron el cuerpo a Malaca y lo volvieron a enterrar, doblado el cuerpo y metido a fuerza bajo el piso de la iglesia. Allí se quedó hasta que Goa recibió la noticia de su muerte. La capital de las Indias Orientales lo mandó traer, y cinco meses después lo volvían a desenterrar y a encontrar otra vez incorrupto e inmutable, a no ser por algunas heridas a causa de su torpe entierro.



"Sus amados goanos lo siguen vigilando"

El cuerpo, ya aclamado como milagroso, fue transportado a Goa y recibido en forma delirante. También lo examinaron cuidadosamente los médicos y dictaminaron que nadie lo había embalsamado. En posteriores ocasiones fue revisado por extranjeros escépticos que lo encontraron en estado de extraordinaria conservación. Le fabricaron una capa de plata labrada y después lo colocaron en una tumba de mármol. Allí, en la antigua iglesia de Bom Jesús, se encuentra ahora.

Durante ciento cincuenta años desafió a la corrupción a pesar del mal trato que recibía de los curiosos y de los devotos. Una exagerada señora le mordió un dedo del pie y se lo llevó a escondidas a Lisboa. El Papa mandó pedir un brazo. En ambas ocasiones brotó sangre fresca.

Pero han empezado a aparecer señales de deshidratación. A principios del siglo XVIII los jesuitas declararon que el espectáculo había dejado de ser edificante, y que por decencia debía ser suspendido. El rey de Portugal ordenó que la caja sólo podría abrirse por mandato del Virrey. Y en 1757, Pombal, el ministro anticlerical del rey de Portugal, mandó expulsar a los jesuitas de los dominios del rey. Pombal sucumbió en 1777, y en 1782 volvieron a dejar la caja expuesta a los labios de la gente. Para entonces el cuerpo estaba ya seco y tieso. Desde entonces es exhibido una vez cada diez años.

Oficialmente se refieren al cuerpo como "las reliquias" del santo. En su última exhibición, el rostro, un brazo y un pie era todo lo que sobresalía de sus ropas suntuosas. Se quitaron las secciones laterales de la caja; empujaron un poco el ataúd abierto para que los peregrinos pudieran besar el pie marchito. A esto habían venido; no a ver un milagro, sino a dar gracias y a buscar protección. Durante horas enteras desfilaron ante el lugar, cumpliendo con su heredada deuda de amor. El 6 de enero regresaron la caja a Bom Jesús con las puertas cerradas, y por fin, los inquietos huesos del santo encontraron paz, para que no vuelvan a verlos ni a tocarlos hasta el Día del Juicio.

Sus amados goanos lo siguen vigilando como él a ellos. Constituye el único tesoro famoso que poseen. En la India abundan monumentos milagrosos: el constructor budista, jaino, hindú, mahometano y anglo-sajón, ha respondido a la vasta riqueza del lugar, se ha prodigado y lanzado a perpetuar su memoria.

Goa tiene a San Francisco Xavier, y su espíritu se reconoce en cada rostro; no su entusiasmo, quizá, aunque los goanos sean grandes viajeros, sino su fe y su amor. Los goanos poseen una singular, contagiosa y espontánea dulzura que no se encuentra más que en lugares profundamente cristianos. En la historia del santo tuvieron un papel importante. Le construyeron su casa. Fueron el principio, no el inalcanzable fin de sus luchas. A ellos volvía para reaprovisionarse y recuperar sus fuerzas. Finalmente, a ellos fue triunfalmente transportado. Y aún le están haciendo un hogar que le corresponda.